

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 72 AÑO 2010

TEMA 4: BAYREUTH. FAMILIA WAGNER. PROTECTORES

TÍTULO: **“BRUDER LUSTIG” DE SIEGFRIED WAGNER**
VISIÓN SOBRE LA ACCIÓN DRAMÁTICA

AUTOR: *C. Fr. Glasenapp*

Bruder Lustig!

¡De él sabía yo!

*¿No es el que totalmente loco
cogió al emperador por la gran barba?*

Se conoce ya la segura y osada mano con la que el autor de “Bärenhäuters”, del “Herzog Wildfang” y del “Kobold” escogía sus temas populares en el tesoro de las Sagas Alemanas que él conocía como nadie. En sus últimas obras había una combinación entre la saga del “Kobold” y la del “Getreuen Ekhart”, que bajo sus manos obtuvieron una imagen real; en el “Bruder Lustig” se nos presenta un parecido acoplamiento de los temas de dos sagas reunidas en un total orgánico: la remota leyenda de los espectrales y mágicos seres misteriosos de la “Andreasnacht”, junto a la saga del “Kaiser Otto con la barba” que en el siglo 13 obtuvo su forma popular a través de Konrad von Würzburg, y que en su simple forma original aparece –junto a la saga de la “Andreasnacht” – en la colección de Sagas Alemanas de Jacob Grimm.

A través del personaje del Emperador Otto el Grande es posible situar exactamente la época en que transcurre el drama; se trata del siglo 10, con sus todavía inexactos datos temporales, a través de los cuales se supone cual era la cabeza del reino lograda con incesantes luchas entre los rebeldes y revueltos vasallos y las cada vez más potentes ciudades y fortalezas. Al mismo tiempo también es la época en la cual, en Germania, los ideales cristianos y paganos se encontraban enfrentados en dura lucha, como por ejemplo lo vemos en “Lohengrin” donde la pagana frisia Ortrud se encuentra inmersa en un entorno cristiano. Aquí no se puede aceptar el exacto sentido de la palabra

derrota del recién vencido paganismo, al contrario se trata mucho más de la fuerza y resistencia con que este último se introduce hasta en lo más común de la vida diaria: exorcismos ante las enfermedades, versículos recitados en secreto, sacrificios, supersticiones, etc., de lo cual el “Hahnenschlag” en el segundo acto del “Bruder Lustig” es un humorístico ejemplo. Esto ha sobrevivido en la práctica de viejas imágenes y debido a las enseñanzas cristianas se ha refugiado cada vez más en la imagen de nocturnos fantasmas, grotescos e inquietantes seres diabólicos. Esto que se ha mantenido y practicado se ha convertido en un elemento dañino y temido, pero que reina cada vez más poderoso en la fantasía popular.

Inconsciente, profundamente introducido, el desconocido misterio
habita en nuestro pecho con anhelos de penetrar en nuestros sueños.
El enigma del día, el oscuro engaño se clarifica en las noches
embruajadas.
¡Salve aquel que domina la magia! ¡Salve también quien domina el
anhelo!
¡Maldito quien se entrega a la noche, el que reniega del día burlándose
de él!

En la oscura media luz de esta época es en la que se introduce el poeta en la trama del “Bruder Lustig”, aquí nosotros intentaremos seguirla a grandes rasgos.

Es Noviembre, el día de San Andreas, la nieve cubre una pequeña ciudad franca que no se nombra. Por la puerta de la ciudad entra desalentado Heinrich von Kempten, acaba de derribar con un fuerte puñetazo a un Senescal del Emperador Truchsetz que ha maltratado un niño, sí - ¡y más todavía! - con valiente decisión, ha cogido la larga barba del señor del mundo y lo ha amenazado con cortársela si no le da seguridad de castigar al hombre como es debido. Esto se le concede pero no más de una hora podrá permanecer ante los ojos del soberano del que hasta ahora había sido favorito. “Sam mir mein Bart!” dice el poderoso con la antigua fórmula de juramento, o sea”¡Tan querida

me es mi barba!” (La formula es ”Sam mir min lip” o sea, “Tan querida me es mi vida”).

En la saga “König Otto in Lamparten” la formula del juramento es “Sammer Otto Bart”).

De sus perseguidores lo salva Walburg que de inmediato se enamora, pero él sin advertirlo la hiere al preguntarle por su compañera de infancia la alegre Rüle de la cual estuvo infantilmente enamorado y en la cual ahora todavía piensa. Cuando Rüle y otras muchachas aparecen en la plaza él se esconde rápido tras un montón de troncos. A todas las atrae una antigua costumbre pagana sobre los embrujos de Urme en la Noche de San Andreas. Se dirigen todas a su torre donde entre secretos conjuros convocará el fantasma de un futuro marido. La juiciosa Walburg sintiéndose abandonada al no ser querida por nadie no puede resistir la insistencia de sus compañeras.. Lentamente se acerca Urme: “¡Mala ralea de meretrices! ¡Así habéis llegado a este día! ¿No os avergonzáis?” Heinrich cae casualmente sobre el montón de troncos que se esparcen ruidosos por el suelo. Las muchachas se alejan rápidamente. Él amenaza a Urme que ha quedado sola, rezagada, pero ella hablándole de la doncella Rüle logra engañarlo.

El sol se pone, el vecindario sale de la iglesia y se dirige a sus hogares. El sacerdote va de casa en casa para bendecirlas y librarlas así de malos hechizos. Walburg, cubierta la cabeza con un pañuelo sale de su casa. Rüle, la atrevida seductora, con la cabeza también cubierta con un pañuelo sale de su casa cerrando suavemente la puerta: “Walburg, ¿ya estás a punto?”

Vuelve a caer la nieve, siempre más intensa, cubriendo toda la escena; entonces la niebla desaparece. Nos encontramos en la vieja torre en la cual Urme ejerce sus misteriosas artes. No necesita ninguna especial magia para satisfacer los deseos de Rüle, ante un convenido toque de campana, aparece Heinrich en persona en la ventana de la torre, tomándolo ella por el prometido “fantasma” de su futuro esposo. Con un lúgubre conjuro Urme provoca la aparición de un ser oscuro y pálido sentado en una mesa del fondo y en un susurro invita a Walburg a que comparta con él la comida. El personaje saca un

puñal de la vaina, ante esto Urme se asusta y sopla sobre el fuego, surge una llama y el fantasma desaparece. Walburg con un grito se derrumba, el convocado por arte de magia, el visto en sueños, el previsto como futuro esposo se desvanece ... pero este era otro, no el amado. Urme reanima a Walburg y le entrega el cuchillo. Los tres muchachos llamados por Urme se unen a las muchachas compañeras de Rüle para bailar; entonces aparece el "Bruder Lustig" disfrazado de vigilante nocturno, y a pesar de la resistencia obliga a los muchachos a salir fuera. Acto seguido se quita el disfraz y aparece ante las asustadas muchachas con su real aspecto : "¡Sí, sí, es Heinrich! ¡aquí está! ¡ha venido por las muchachas!" ¿ Parece sorprenderle encontrar a Walburg allí. "¿Quién te ha traído aquí? " Las muchachas dicen: "¿No nos traicionará?" Heinrich dice: "¿Callas?" "He venido a celebrar la Noche de San Andreas".

Este primer acto, con su gran sentido fantástico, tiene más bien el carácter de un prólogo, preparando el futuro desarrollo del asunto.

Abre el segundo acto un fastuoso banquete nupcial, con bailes y cantos. La fantasmagórica y diabólica Noche de San Andreas ha unido la pareja de Walburg y Konrad. ¿Cómo sucedió esto? En una cabalgada nocturna Konrad cayó de su caballo en la oscuridad, sin sentido y sangrando debido a las heridas que un casco del caballo le había producido, quedó tendido en el suelo. Allí lo encontraron y lo llevaron a casa de Walburg que se encontraba cercana a la puerta de la ciudad. Allí con los cuidados de Walburg y su madre recuperó el sentido. "Despertando del profundo sueño, libre de dolores, dulcemente atendido, así fue como por primera vez me encontré con tu mirada" De esta manera explica él su primer encuentro. ¿Qué le dijo esta mirada? "Era interrogante, no inquisitiva ... no quería descubrir un presagio."

Desde aquella fatal noche, con su tremenda decepción, toda esperanza había desaparecido del alma de Walburg. Ella creyó encontrar en el desconocido, que había salvado de un sombrío destino, el esposo que le era destinado, sin nada que ver con la fantasmal aparición que había destruido sus íntimos deseos. Ella había realizado con él una obra de caritativos cuidados, bajo su

abnegada protección se recuperó ... debería seguirlo como esposa fuera de la terrible magia. Entretanto la madre había muerto, estaba sola y sin protección cuando el extranjero regresó para pretenderla como mujer. Sin propia voluntad se encontró ante un imperioso y alto poder y aceptó su petición de mano. Además tuvo que soportar que el que amaba de todo corazón, a través de la misma fatal magia había encontrado de nuevo a Rüle y como novios tomaron parte en la celebración de la boda.

Pero a mitad de la fiesta apareció el Heraldo del Emperador con la orden que los ediles asistentes entregasen al malhechor que había encontrado refugio tras las murallas de su ciudad. En la corte del Emperador nadie sabía su nombre ya que tuvo motivos para ocultarlo. Era conocido por otro nombre, el de "Bruder Lustig" que era como el mismo Emperador lo nombraba. Precisamente este "Bruder Lustig" era quién había ofendido al poderoso, no solo le había cogido con osadas manos la barba sino que le había devuelto maniatados injuriados y ofendidos a sus embajadores. También la ciudad debía al Emperador los diezmos de dos años. Debido a estas dos faltas el Heraldo pedía cuentas sobre ellas. Pero con un astuto plan el Alcalde supo librarse del peligro. Presentó la posibilidad que el desconocido traidor hubiese encontrado un escondite para ocultarse en algún lugar de la ciudad; también sobre los diezmos debidos dijo que al día siguiente de madrugada saldarían cuentas ante la puerta de la ciudad ... su plan era por el momento el de con astucia y firmeza ganarse la confianza del señor. Con la marcha del Heraldo también se dispersaron los asistentes a la boda. El Alcalde, pensando solo en su trampa, cogió del brazo a varios ediles y se marchó con ellos. La pareja recién casada quedó sola.

Con fuerza psicológica trata el poeta la siguiente escena en la cual empieza a desarrollarse la diabólica hechicería de Urme. Aquel cuchillo que en la Noche de San Andreas, el pálido fantasma, al desaparecer, había dejado sobre la mesa, Urme lo había entregado a Walburg y ella lo había guardado en el arcón que contenía su ajuar. Para cortar una rosa del rosal de la ventana, para entregársela a Walburg, Konrad busca inútilmente su cuchillo. "¡Maldición,

siempre busco mi cuchillo y solo tengo su vaina! ¡El cielo sabrá donde la he perdido! Disimulando su agitación Walburg se sitúa ante su arcón protegiéndolo, mortalmente asustada al pensar que podría descubrirse su pavoroso secreto. Su creciente inquietud la delata. Al fin Konrad decide buscar en el arcón, allí encuentra el oculto cuchillo que se ajusta exactamente a su vaina, esto le pone ante los ojos la Noche de San Andrés. Ciego de rabia grita aterrado: “¡Mi sueño! ¡Aquella noche fui invitado a una comida ...! ¡faltaba algo en el banquete ... que pesadilla ... que despertar! ¿Fue allí donde te ví por primera vez? ¡Habla! ¡Teme mi furia! ¡Así es que un diabólico encuentro nos unió! ¡Mujer! ¡Ay de tí!” Según la antigua saga aquí el aterrado estrangula a su mujer. El poeta del “Bruder Lustig” no podía utilizar un trágico y duro final. La culpa de su Walburg no merecía un castigo sangriento, era suficiente el doloroso sufrimiento de su corazón enamorado. Ante sus gritos acuden los vecinos, entre ellos Heinrich y Rüle; ellos eran los realmente culpables de que el puro corazón de Walburg fuese seducido por malignos encantos, ellos doblaron su culpa por sus mentiras e infames acusaciones: “¡Walburg que espanto! ¿Te entregaste a la hechicería?”, grita Rüle. “¡Qué espanto Walburg! ¿Has cometido tal delito?” gritan los demás. Pero Heinrich no quiere tomar parte en el ataque sino que se convierte en acusador de su propia novia al ver claro su verdadero carácter y se subleva doloroso ante su falsedad. Al no abandonar Konrad sus amenazas contra la pretendida brujería Heinrich de un puñetazo lo hace caer al suelo. Con apasionada rapidez coge a Walburg y pensando solo en su salvación se dirige hacia la puerta para buscar refugio en la capilla. Cae el telón y nos encontramos en el interior de la capilla con la casi desvanecida Walburg en brazos de Heinrich. Fuera, ante las cerradas puertas de la iglesia la gente esta reunida amenazante. Cada vez es más apremiante la situación. El sacerdote. ¡Sí el mismo sacerdote! Heinrich reconoce su voz, ¿no es el mismo que una vez, hipócrita, sedujo a su propia hermana, obligándole a él a renunciar a su noble nombre en la corte del Emperador?, él es quién lo acusa de profanar la iglesia, por querer proteger esta desamparada mujer del furor de un loco, lo excomulga y lo maldice. Tanto desde dentro como desde fuera la puerta está atrancada, solo el amor podría abrirla. Pero la bóveda no se desploma sobre la pareja, las piedras no caen sobre ellos. Una profunda

angustia se apodera de Heinrich ya que reconoce su ceguera al pretender a Rüle y no reconocer el amor que Walburg siente por él. “¿Dónde está la alegría? ¿Dónde está la luz, el aire, la risa? ¡Las diabólicas puertas del altar donde hicimos nuestro juramento! ¡La diabólica bendición del sacerdote que no llega de Dios sino de una maldita boca humana! ¿Nos llegara al fin Dios a través de ella?”

Se dirige al altar y ora ante la Santa Virgen, pero los santos y la Madre del cielo miran adustos al Bruder Lustig que con sus audaces maneras hace reír a muchos, en estos momentos parece que lo amenazan. Solo el Niño Jesús en brazos de su Madre se muestra alegre y gracioso ... el pequeño desde allí arriba sonríe levantando el dedo. ¿Ríe? ¿De nuevo otro Bruder Lustig?

Los dos, lentamente quedan dormidos. En su sueños creen ver que las paredes de la iglesia se abren y las imágenes de los santos parecen cobrar vida. Desde las nubes la Virgen se inclina hacia Walburg y Heinrich. Los soñadores escuchan desde la lejanía el canto de los ángeles. “Bienaventurados los corazones puros, de ellos será el Reino de los Cielos.”

Tercer acto. Amanece. A la izquierda la muralla de la ciudad con el portal y el foso, a la derecha la capilla donde están encerrados Walburg y Heinrich. El alcalde reunido con los Ediles espera el buen resultado de su astucia. Solo una cosa se le ha escapado por pura imprevisión. “¿Quién a atentado contra el Emperador? Había pensado en uno, pero apareció la maldición del sacerdote. Ahora bien ¿en que me afecta a mi esta maldición?” Golpea la puerta de la iglesia y llama a Heinrich para que le ayude a enfrentarse al Emperador. Heinrich finge aceptar el encargo, pero cuando aparece el Emperador con dos alabarderos y el Heraldo, intentando detenerlo, entonces Heinrich golpea como un loco a los traidores, libera al monarca pero siempre intentando esconder su rostro para no ser reconocido por el Señor hasta que este le conceda su perdón por la falta cometida. Pero el Emperador lo reconoce y ve que su salvador es el mismo que lo había afrentado y reconoce que con su valentía ha expiado su pecado: “¡Tu me has liberado, mi cólera se ha calmado, ahora me

siento dichoso!” Tiende su mano al que se encuentra inclinado ante él y este la besa agradecido. Y entonces llega el juicio de los rebeldes de la ciudad. Gracias a la intervención del Bruder Lustig que al fin ha sido reconocido por el Emperador como Heinrich von Kempten todos conservarán su vida. “¡Ralea de ladrones! ¡Perjuros bribones! ¡No merecéis que os toque ninguna espada que solo honra a los nobles! ¡Ay de vosotros! ¡Volved a vuestra traición y la ciudad agonizará ... Sam mir mein Bart!”

Pero al primer juicio debe seguir de inmediato un segundo. Aparece furioso Konrad que acusa a su mujer de lasciva y hechicera: “A través de un obra diabólica, en la Noche de San Andreas, se realizó nuestra unión, y el que aquí presume de salvador ha merecido la excomunión. El sacerdote lo encontró blasfemo profanador de la iglesia y adultero.” Con rostro severo el juez imperial se vuelve hacia los dos acusados. La inocencia de los dos queda clara gracias a su abierta confesión. La maldita Urme es la culpable de todo. El Emperador ordena que le traigan la diabólica mujer. La encadenan, le tapan los ojos y deben conducirla a la muerte. Como última gracia pide que antes la dejen cantar. Canta una canción sobre un poderoso señor que engañado por un malvado duda sobre la pureza de su noble esposa y este para librarse de su duda acude a las artes diabólicas de Urme para pedirle que con sus misteriosos medios lo convenza. El Emperador oculta con dificultad su malestar. “¿Quién era la mujer? ¿Quién era el señor?”

Urme termina así la balada: “¡Si no sois tontos no os será difícil saberlo!” El Emperador ordena que se deje libre la acusada. “¿Libre? ¿A mí?” grita Urme sarcástica. Rompe las ataduras y salta libremente a la hoguera. Súbita oscuridad, la llama se hace más intensa. Cuando vuelve la luz puede verse un cuervo volando y se escucha entre risas la voz de Urme: “¿Me escucháis, me veis? La imagen del cuervo vuela saliendo de las llamas, indestructible, como la eterna superstición del pueblo que cree en la brujería diabólica.

El horror invade a todos ante la visible magia del infierno; solo Bruder Lustig entiende todo el proceso y conserva la serenidad. “¡Sí Emperador, sí

Emperador, que feroz burla! ¡Pensábamos que erais casi un dios y sois un hombre como nosotros!” Una espontánea risa los libera a todos del tremendo choque. “¡No rían tan pronto!” grita el soberano, “¡Ante todo debes justificarte! ¡Vamos! ¡Deja que escuchemos al sacerdote!” “¡No este! ¡Precisamente este no!” grita Heinrich con vehemente dolor: “¡Hermana ay hermana! ¿Con la llaga recién cicatrizada sangras de nuevo? General sorpresa. “A quién acusas?” Inquieta el Emperador, y con furia replica el interrogado.. “Preguntadle al mismo si cuestiona lo que he dicho. ¡Señor! ¡Tan poco nos afectó su maldición como nos afecta ahora un castigo!” La situación ha llegado de nuevo a un punto en el cual hasta la libre serenidad del Bruder Lustig amenaza con no salir airosa. Entonces el Juez Real se interpone conciliador. “Corona e Iglesia tienen ahora diferencias, ¿quién puede ser el Juez?” Se dirige al pueblo allí presente: “Vuestros corazones han de decidir si los culpables deben sufrir la pena. La voz del pueblo será juez: ¿castiga o libera?” Y ... “¡Libres de culpa, libres de pena!” resuena desde todos los labios.” ¡Una unión instituida por manos del diablo no tiene valor ante Dios, así sed liberados! ¡Sea él liberado!”

Así despierta de nuevo la alegría del Bruder Lustig. Con permiso del Emperador ordena a los soldados: “¡El más bello don es un refrescante saqueó! ¡No deben quedar sin castigo los malhechores y ofensores del Emperador: “¡Vosotras mujeres! ¡Que se adelanten las solteras!” Con alborozo los soldados se precipitan sobre las muchachas , empieza una persecución. Las muchachas se escapan riendo y corriendo. Como en el baile cada uno escoge la suya, los padres con agrí dulce semblante ponen a mal tiempo buena cara.

Walburg se acerca a Heinrich y le ofrece su mano, Heinrich la acepta y pide perdón tanto a ella como a Konrad. Entonces el Emperador coge el hacha con la que se debería haber cortado la cabeza a los malhechores si no hubiesen sido perdonado a petición de Heinrich. La levanta con poderoso impulso y hace que su hoja penetre profundamente en el tronco de una vieja encina.

Durante todo el tiempo que el hacha permanezca en el tronco

la paz nunca estará manchada por el engaño.
Allí permanecerá muda reclamándola.
¡Palabra de Emperador! Sam mir mein Bart!

Traducido por Rosa María Safont